

en los potreros: del ganado que está pasando allí se ven distintamente dos imágenes opuestas, que parecen tocarse por los pies; á una distancia de 1,000 metros ya no se conoce el color del pasto, y este toma el aspecto de agua.

Viendo hácia México, me ha parecido que el Santuario de la Villa de Guadalupe se halla casi en la cúspide de las montañas

circunvecinas, que tienen una elevación decuple de aquella de Guadalupe.

Sobre el lago, el espejismo hace á veces parecer las canoas trajineras enteramente fuera del agua, y las creería uno elevadas á 10 ó 15 metros sobre el nivel del lago.

Texcoco, Marzo de 1866.

GUILLERMO HAY.

## RUINAS DE CHICOMOSTOC \* EN LA HACIENDA DE LA QUEMADA, ESTADO DE ZACATECAS.

ARTÍCULO LEIDO POR EL QUE SUSCRIBE ANTE LA SOCIEDAD  
DE GEOGRAFÍA Y ESTADÍSTICA.

SEÑOR:

Quando establecí la línea telegráfica de Zacatecas á Jerez y Villanueva, en Setiembre de 1871, recibí una invitación de los Sres. Escobedo y Gonzalez, para visitar un famoso monumento de la antigüedad, que se conoce allí con el nombre de «Cerro de los edificios,» y está en el territorio que comprende la hacienda de la Quemada, propiedad de la familia Franco. Se me habló con mucha vehemencia de su hermosura y extensión, y me resolví á verificar la excursión, movido por la curiosidad y por el deseo de hallar allí algún vestigio de los primeros pobladores de nuestro suelo.

Emprendimos la marcha perfectamente armados, pues se nos aseguró que la cua-

\* Chicomostoc.—Sincopado.—Chicome, siete: oztoc, tribus, casas, 6 cuevas.—Chicome oztoc.—7 tribus.—7 casas ó 7 cuevas mas propiamente.

drilla de ladrones que asolaba los caminos de Malpaso, habia fijado allí su cuartel general, y no podíamos hacer nuestro paseo sin ser por ellos molestados, pues su número era tan abundante, como el de las víboras que se crían entre las ruinas que nos proponíamos visitar. Afortunadamente ni los unos ni las otras nos obstruyeron el paso, y pudimos volver sanos y salvos.

Las personas que me acompañaban me manifestaron que sería mejor dar una pequeña vuelta para poder ascender al cerro por el Norte, que es lo ménos pendiente; y así lo verificamos hasta la parte superior y al pié de una gran muralla, que nos impidió seguir á caballo. Desmontamos, y trepando por entre los peñascos llegamos pronto á la parte mas elevada, donde nuestra vista pudo dominar el conjunto de aquellos monumentos, y admirarlos en toda su grandeza. Quanto al subir habíamos visto, na-

da era comparable con lo que nos presentaba aquel vasto panorama que teníamos á nuestros piés.

Abarcándolos de una mirada y observando la disposición de las partes, inmediatamente me ocurrió la idea de ser aquellos los restos de una famosa fortificación india. Esta idea me vino del conocimiento que tengo de otras dos grandes ruinas, de que hablaré despues.

Abismado al ver el gran tesoro histórico que allí tenemos, me quedé silencioso, contemplando la huella de nuestros antepasados y la grandeza de su poder. Lo que allí se observa, no puede ser obra de un rey-zuelo ni de una tribu despreciable; allí está la mano y la inteligencia de un caudillo superior, que no podía meditar ni ejecutar aquellas obras, sino con el concurso de un pueblo poderoso y grande, para ponerse á cubierto de un enemigo, sin duda, demasado terrible.

Salido de mi estupor, volví la vista para investigar lo que dejábamos atras, y era una muralla que circundaba el cerro, con un espesor de cuatro á seis varas, y algo mas de altura. La parte por donde habíamos entrado conserva intacta una rampa perfectamente hecha é inclinada hácia dentro y que sirve para dar fácil ascenso á la muralla, desprendiéndose de un edificio cuadrado que se halla sobre el peñasco mas alto y que domina todas las posiciones: á la izquierda tiene otro de la misma forma, y en el centro, aunque á un lado de la rampa, los restos de un edificio circular que queda oculto tras de la muralla. ¿Son estas pequeñas habitaciones las tiendas de campaña de los jefes de aquel punto, y el edificio circular cubierto, la cuadra donde se ocultaban los guerreros? Esto se desprende á primera vista, y la razón natural parece indicarlo.

Volví la vista hácia el Sur, camino de Villanueva, que habíamos traído, y vi no con ménos asombro unas dilatadas calzadas, de las cuales la que va en el centro, rumbo á dicha villa, se dilata hasta perderse en el arroyo y las labores de la Quemada, y las otras tienen su término en él por el Sur también y hácia el Oriente. Haciendo reminiscencia del pasado, y en silencio, me preguntaba: ¿Son en efecto calzadas? ¿Han podido conservarse tan distintas como se ven despues de setecientos años que supone la historia pasaron por aquí los aztecas, único pueblo capaz de dejarnos estos recuerdos? No sé por qué me parece que la rectitud con que están tiradas, pues lo están á cordel, y á juzgar por lo demas que se observa, mas parecen caminos cubiertos. Todos van al agua del arroyo, y no pasan mas allá.

Recogiendo mi vista poco á poco, advertí unos restos de fortificación que forman una flecha partiendo del pié de la montaña en dirección del llano que conduce á Villanueva, y sobre la calzada principal, y en cuyo término se ven mayores restos como de un fortín avanzado. Si este juicio puede ser exacto, al recorrer el terreno que se extiende entre la flecha y el punto por donde entramos, parece que la mente del genio que allí dominaba era dejar al enemigo la parte suave y accesible del cerro, para encaramarlo, y una vez arriba, salir de la flecha por los caminos cubiertos á la vez que por la rampa de la parte superior se destacaran columnas para aniquilarlo irremisiblemente.

Con esta idea fui descendiendo poco á poco, y hallando cosas que apoyaban mas y mas el juicio que me habia formado. Había cinco líneas de fortificación perfectamente construidas y arregladas de manera que los tiros de flechas y hondas se cruzaran entre sí dominando las distancias.

Es muy digno de ver el arte y simetría de aquella admirable construcción. Toda es hecha de lajas superpuestas, y la más gruesa quizá no pase de tres pulgadas. No tienen más mezcla que un puñito de lodo de arcilla con pasto mezclado, el cual conserva aún tanta resistencia, que se hace precisa la fuerza del brazo y la punta de un cuchillo grueso para desprender algunos fragmentos.

Descendí más y llegué al terraplen de una muralla que no tendrá menos de quince varas de elevación, terminando en uno y otro lado en la cresta de peñascos escarpados y tan pendientes, que no parece sino que han sido tajados. La fortificación por allí me parece invulnerable para los guerreros de aquel tiempo, y, quién sabe si con algunas pequeñas modificaciones, también para los de ahora.

Examinada aquella parte, volví á tomar el frente del cerro, por ser el único punto que presta facilidad para bajar, y me hallé con la misma gran muralla, aun más elevada, pero con gradas ó descansos como para colocar columnas ó grupos en casos de terribles asaltos, y defender palmo á palmo la entrada del enemigo por allí. Son tantas las cosas que se presentan á la vista desde aquel punto, que habría necesitado mayor tiempo para meditar sobre cada uno y poder aproximar mis observaciones sobre el verdadero objeto de cada monumento. Sin embargo, siguiendo mi narración, expondré mi juicio sobre cada uno, sin pretender por ningún motivo que se tenga como seguro, pues habiendo en esta ilustre Sociedad personas tan versadas en las antigüedades de nuestro país, sabrán apreciarlo debidamente y rectificarlo, en lo cual yo vería un acto de deferencia.

Me llamó mucho la atención una pirámide cuadrangular, como de 18 á 20 varas

de altura, que se destacaba sobre la izquierda, la que por desgracia ha sufrido ya bastante deterioro. ¿Qué significa esa columna? ¿Fué, como dicen, erigida en honor del sol? ¿Lo fué para indicar una época y enseñar á las generaciones la existencia de un pueblo que nunca volverá? ¿Fué plantada sobre el sepulcro de algunos de sus reyes ó generales para perpetuar su memoria? Es lamentable que nuestros gobiernos hayan visto con ojo glacial esos monumentos, en donde se hallan tantas preciosidades geroglíficas que pudieran enseñarnos lo que aquello significa.

Seguí descendiendo y llegué á la residencia del monarca; tal me pareció, pues aun existen las paredes á bastante elevación. Es un edificio cuadrado, como de cuarenta varas, situado al pié de la gran muralla, y á la derecha del cerro. Entre aquella y este está una especie de circo y en su centro una pirámide truncada, con la parte superior plana. ¿Era este lugar el salón de reuniones en donde se discutían los asuntos de interés general? ¿Era el tribunal de justicia en donde se administraba por jueces y magistrados que ocupaban aquellos asientos? ¿La pirámide truncada era el asiento del monarca, del juez, ó era la tribuna que ocupaban los oradores?

El templo está frente á frente de la fortificación, y en una plataforma tal vez artificial. Es un edificio espacioso como de sesenta varas, cuyos techos eran sostenidos por diez columnas cilíndricas perfectamente construidas, pues aun se mantienen como de ocho varas de altura, y formando hileras en el centro de cuatro paredes. Yo supongo que no era de bóveda, porque no hay vestigios de arcos; pero á juzgar por el espesor de las columnas, han debido soportar un techo bastante pesado, construido sobre grandes gualdras. Las paredes tienen la

misma altura, y de ellas fué de donde hice desprender los fragmentos del pegamento, pues admiré ver que unas lajas que á la simple vista no están más que superpuestas, pudieran sin aquel desafío á los siglos. Ya he dicho que la mezcla no es otra cosa que un puñito de lodo de arcilla con pasto, colocado en la parte céntrica de la laja, sin salir fuera sin duda para no estar al alcance del agua, y mantenerse seco en todo tiempo.

Al Oriente de este grande edificio, pero más inmediato á la muralla, está otro círculo con una columna piramidal truncada, y se diferencia del anterior por gradas que la circundan, y porque la parte superior presenta el aspecto de una mesa, que da lugar á suponer ser quizá la piedra del sacrificio. Por uno y otro lado se dilatan ruinas de otros edificios, á los que se han sobrepuesto ya los escombros y no se pueden distinguir sus formas. Sin embargo, el espacio que ocupan indica que son las habitaciones del pueblo.

Tomé el rumbo de la derecha para ver de dónde partía la flecha que tanto me había llamado la atención, y al salir de los edificios ví con sorpresa otra rampa bastante prolongada y suave, que da lugar al fácil descenso, hasta tomar el llano en el centro de la flecha. Esta tiene principio por la derecha en el pié de la gran muralla, y por la izquierda el frente de los edificios: confirmé por esto el juicio que me había formado de que los defensores hacían sus salidas en grandes masas por allí, para atender con rapidez á su defensa, y arrollando al enemigo por allí, cortarle la retirada por los caminos cubiertos, que dejarían de serlo en el momento dado.

Terminada la rampa, continúa el llano por el centro de la flecha, por el cual seguí hasta el fortín donde termina la flecha. Vol-

ví la vista, y entónces se me presentó la fortificación en toda su grandeza: allí me pareció más formidable de como la había visto en panorama; desde allí también pude rectificar si en efecto había cinco líneas de fortificación, y es así en realidad, formadas en parte artificialmente y en parte con las peñas naturales, pero enlazadas entre sí.

Eran las dos de la tarde, el sol quemaba y se hacía preciso regresar, lo que verifiqué con sentimiento, pues aun me quedaba mucho que visitar por Oriente y Norte, donde se me aseguró que existía otra pirámide, aunque no tan elevada como la primera, y multitud de pequeños edificios. Se me dijo también que frente al cerro que mira para Zacatecas, hay una gran cueva que designan los naturales con el nombre de «Ojo del Monarca,» porque la tradición dice que allí acostumbraba ir para observar al enemigo. Su profundidad es tal, que el conde de Santa Rosa se propuso explorarla, y no pudieron hallarle fin. La vulgaridad refiere que allí dejaron los indios grandes riquezas, pero esto me parece inverosímil. Por el rumbo del Oriente existe una piedra labrada, circular, en que se halla esculpida una mano y un pié, y lleva también el nombre de «Piedra del Monarca,» porque dizque allí se sentaba, y que dicha piedra tiene la misma forma que la del calendario azteca, que se conserva en el átrio de nuestra catedral; que muy cerca se halla otra en donde fueron esculpidas tres culebras, y otra en que está una caña. Si estas figuras representan fechas, fácil sería investigar por ellas algún indicio sobre los acontecimientos que allí pasaron. Debe suponerse con fundamento que deben existir sepultados muchos geroglíficos, pues el Sr. D. Francisco Mendez, vecino de Villanueva, me informó que había poseído muchas cu-

riosidades, que todas las habia regalado, y que á cada momento los vaqueros y pastores hallaban entre los escombros bastantes piezas, que hacian pedazos. Yo creo que la gente del campo que comete semejantes actos por ignorancia, es ménos culpable que nuestros gobiernos, que tienen tan en poco estos depósitos de antigüedades.

Buscando datos que me dieran luces sobre cuanto habia visto, dí con un informe relativo, que dió el gobernador de Zacatecas al congreso de allí en 1831, que dice: «Segun los monumentos históricos que nos quedan de la antigüedad en las ruinas de la Quemada, no queda duda que el territorio del Estado fué habitado por los aztecas en la larga peregrinacion que hicieron del N. al Mediodía. La grande extension de las ruinas citadas, las de otras muchas que se han descubierto, prueban de un modo incontestable que la nacion que hizo tales obras permaneció por algun tiempo en aquel sitio; que era grande y poderosa y que habia llegado á cierto grado de civilizacion. Pero sobre todo las obras de fortificacion que aun se advierten en el cerro de los edificios, son mayores que cuanto en este género se ha descubierto en el resto de la República y que sorprenden por su fortaleza, al mismo tiempo que confirman aquel concepto, prueban de un modo incontestable que el país estaba habitado por una temible nacion.»

El tomo primero del Museo mexicano me da tambien estas luces: «El padre Freges al tratar de la conquista de Zacatecas dice: «de la religion de nuestros indios tenemos no muy léjos de la capital monumentos auténticos en las ruinas de la Quemada.....»

Este anfiteatro extraordinario no pudo formarse sino por grandes reuniones de gentes que á un tiempo debian concurrir sin

embarazarse, ni impedir los sacrificios, adoraciones y respetos que ofrecian á sus dioses. El indio Pantecal declaró que los indios tenían tres ídolos principales: el primero llamado Teopilzintli, y era el dios de los temporales. El segundo llamado Heri, y era el dios de las ciencias; y el tercero llamado Nayarit, y era el dios de las guerras.» El mismo autor citando al padre Fluvia dice «que en el valle de Villanueva estaba fundado el gran Teul y que allí concurrían á rendir sus cultos desde el Mazapil hasta el Nayarit, vasallos todos de aquel imperio.» Dirijase una mirada al mapa y vease cuán dilatados son los dominios de aquel monarca, aunque de paso en su larga peregrinacion, pero que haciendo mansion allí por algunos años y acosado tal vez por otro enemigo, vióse obligado á construir aquella fortificacion que da testimonio de su inteligencia en la guerra y de su gran poder. Yo supongo, con bastante fundamento, que las ruinas que acabo de describir son á las que alude Clavijero refiriéndose á la peregrinacion de los aztecas. «Que llegaron á Chicomostoc, dice, donde se detuvieron: que hasta allí habian llegado las siete tribus de Nahuatlaques: que en aquel punto se dividieron, quedando allí los mexicanos con su ídolo.....»

No es conocida la situacion de Chicomostoc, donde los mexicanos residieron nueve años: yo creo sin embargo que debia estar á veinte millas de Zacatecas hácia el Mediodía, en el sitio en que hoy se ven las ruinas de un gran edificio.»

El articulista dice mas adelante que «los edificios de la Quemada son las ruinas de la antigua ciudad de Chicomostoc, construida por los aztecas y por las demas tribus que formaban la nacion de los nahuatlaques en su peregrinacion al país de Anáhuac.

Estos edificios fueron costruidos á fines del siglo XII de la era cristiana; y deben tener de antigüedad como 700 años.»

Voy á decir una palabra sobre las otras fortificaciones que indiqué al principio.

En el mineral del Doctor, en la Sierra Gorda, partido de Cadereyta, existen dos grandes ruinas que llevan los nombres de ciudad de Ranas y ciudad de Canoas, tres leguas al Norte de la cabecera. He visitado estos puntos en 1852 y recuerdo que su construccion es igual á la de Chicomostoc; las superpuestas. Aquí como allá las paredes han desafiado á los siglos, pues hemos visto encinas robustas nacidas en el centro de un edificio que despues de su dilatada vida han caido sobre su propio tronco que apenas conserva tamaño para poderlo reconocer. De sus cenizas han nacido otras que con sus sombras ayudan á la conservacion de aquellos monumentos que dan testimonio de la lucha constante de la pobre humanidad contra su propio destino. La ciudad de Ranas está compuesta de fortines aislados, sin simetría ni órden; pero la de Canoas tiene todas las circunstancias que indican mejor inteligencia y civilizacion del fundador. Construida sobre la planicie del cerro de su nombre, da su frente al gran cerro de San Nicolás, hácia el Sur, teniendo de por medio una barranca profundísima, abierta por la naturaleza sin lugar alguno de paso. Una gran muralla circunda por la caja del cerro á la ciudad. Esta tiene plazas, calles tiradas á cordel, anfiteatros con asientos, sin duda donde tenían sus juegos y ejercicios. Nadie absolutamente se ha cuidado de la exploracion de estos monumentos, que deben contener inmensos tesoros para la ciencia y la historia. Así como en Chicomostoc, no hay en ellas mas habitantes que las serpientes y los buhos. Se pultadas estas en el centro de la sierra, su

propio retiro las tiene á cubierto de toda destruccion, y se conservarán para cuando otra generacion ménos negligente que la nuestra, pueda encargarse de su exploracion, exámen y conservacion.

No sucede lo mismo con Chicomostoc: inmediata á poblaciones y haciendas, y á la vía carretera que va de Zacatecas para los cañones de Juchipila y Tlaltenango, está expuesta indudablemente á su total destruccion. No es esto un temor infundado; los edificios mas principales fueron destruidos en otro tiempo por los dueños de la Quemada, cuyas fincas fueron formadas con la piedra de allí tomada; las cercas de los potreros están hechas con el mismo material, y ya dije al principio que cuantos objetos curiosos aparecen, son rotos ó regalados á personas que no los estiman en su verdadero valor.

Desde que recogí los apuntes que me han servido para escribir este artículo, formé el propósito de llamar la atencion de los gobiernos sobre semejante calamidad; pero desgraciadamente estos tienen demasiado en que ocuparse para mantenerse al frente de los que los repelen, y su situacion monetaria no es ni creo que será para hacer de estos monumentos objetos de su cuidado y predileccion.

Toca, pues, á la ilustre Sociedad de Geografía y Estadística, hacer de aquellos monumentos la parte mas importante de sus tesoros históricos, y procurar por cuantos medios estén á su alcance, la exploracion y conservacion de ellos, y la recoleccion de cuantas preciosidades puedan encontrarse.

Es verdad que la Sociedad no tiene fondos, pero puede ser pródiga en honores, y concederlos á personas ilustradas de aquellos lugares, encargándolos de tomar posesion de los monumentos en nombre de la Sociedad como propiedad de la nacion, y

estoy seguro que lo harán con desprendimiento y con tanto interes como la Sociedad misma, pues es proverbial que nuestros compatriotas abundan en patriotismo, y se prestan gustosos á todo aquello que tenga relacion con el engrandecimiento y prosperidad de nuestro infortunado país.

Si la idea merece ser tomada en consideracion, me permito indicar la manera de ponerla en práctica.

Nómbrese socio honorario al señor diputado al congreso de Zacatecas, D. Francisco de P. Mendez, vecino de Villanueva, persona que posee bastantes conocimientos en cuanto hace relacion con las ruinas de Chicomostoc, y dénsese las instrucciones convenientes para que forme su historia, recoja cuantos objetos aparezcan y los deposite á disposicion de la Sociedad.

Nómbrese socio honorario al jóven D. Ildefonso Franco, dueño de la hacienda de la Quemada, próximo á recibirse de ingeniero, para que como dueño de la finca, procure la conservacion del monumento, impida la destruccion y extraccion de las curiosidades que aparezcan, particularmente los geroglíficos, y se le remita un ejemplar de este artículo, si es del agrado de la Sociedad que se imprima, para que, guiado por él, se sirva levantar un plano exacto, y rectificar por ese medio los errores en que yo he debido incurrir en una visita tan violenta y pasajera.

México, Junio 29 de 1872.

BARTOLOMÉ BALLESTEROS.

## EL PUENTE DE ATOYAC.

La variedad de los ramos tan importantes de la ciencia que con empeño cultiva esta asociacion, la conexion y encadenamiento que entre sí tienen todos los conocimientos humanos, por heterogéneos que á primera vista aparezcan, y sobre todo, el interes con que esta Sociedad acoge lo que tiene relacion con las mejoras materiales, que tan benéfica influencia han de ejercer en la regeneracion y en el progreso de nuestra amada patria, nos estimulan á presentar á esta corporacion un estudio sobre una de las obras de arte del ferrocarril mexicano, y esperamos que al distraerla por un momento de las tareas principales para que ha sido instituida, no saldremos, con la lec-

tura del asunto de que nos proponemos ocuparla, de los límites del campo de la ciencia hasta los cuales ella extiende sus investigaciones.

En efecto, una Sociedad que, como la nuestra, mira con respeto los monumentos levantados por las generaciones que fueron, debe tambien mirar con interes los erigidos por las generaciones que son; porque si estos últimos aun no han sido mutilados por las injurias del tiempo; si sus restos no pueden todavía inspirar la veneracion que los primeros despiertan, unos y otros sin embargo son dignos del exámen, si se atiende á que son los símbolos de que los pueblos se valen para escribir sobre la faz de la tierra, con

